

miento que debió tener el Archiduque de que no era realmente soberano; de que estaba cogido en una red de bayonetas homicidas y desleales; de que estaba poseído por Márquez, Lares y compañía; de que el ejército no era suyo, sino de sus carceleros; en fin, de que no podía hacerse sin la traición, una cosa muy fácil de ejecutar honorablemente si hubiera sido libre y verdaderamente soberano. Esta situación le hacía odiar al partido conservador que lo había metido en una cisterna de fango, de barbarie y de sangre. Quería indudablemente con el apoyo del General Díaz libertarse, vengarse, y huir.

En Maximiliano la traición era como una regla saludable de conducta, porque se manifestó dispuesto á cometer una deslealtad también con el General Díaz. En efecto, este notable jefe recibió al comisionado Burnouf el 14 de Febrero, y el 10 á medio día Maximiliano, después de haber enviado á Burnouf á proponer la entrega de México, Puebla, Márquez, Lares y compañía, determinó marchar á Querétaro y salió para esa ciudad en la mañana del 13 de Febrero, un día antes de que Burnouf hubiera podido hablar con el General Díaz, quien si hubiera aceptado las proposiciones de Maximiliano se habría visto burlado por el Archiduque.

CAPÍTULO VIII.

EL CAMINO DEL CADALSO.

El médico de Maximiliano ha escrito refiriéndose al viaje de su soberano á Querétaro, emprendido la mañana del 13 de Febrero de 1867 :

« Cabalgaban á su lado, en alto grado de favor, conversando amigablemente, los dos cómplices de la catástrofe del 19 de Junio de 1867 : Márquez y López. Con ellos se encaminaba á Querétaro la traición (1)! »

La historia ha llegado á descubrir muy especialmente por los sólidos trabajos críticos del Señor Don Fernando Iglesias Calderón, que el Coronel Miguel López, entregó la plaza de Querétaro y á sus compañeros de armas por orden de Maximiliano, quien traicionó á su ejército. Espero demostrar plenamente que el General Márquez jamás traicionó á Maximiliano ni á sus compañeros. Fué el Archiduque el desleal con el General Márquez.

(1) Basch, pág. 132.

*
**

« El 10 de Febrero á eso de medio día, el Emperador me participó, encargándome el más riguroso secreto, que estuviera yo dispuesto para marchar dentro de dos semanas; añadió que iríamos á Querétaro (1). »

La carta del Ministro Lares en que aconsejó á Maximiliano partiese para Querétaro, es de 10 de Febrero, lo que prueba que el Archiduque aceptó sin vacilar el consejo del jefe de su Ministerio. La partida de Maximiliano á Querétaro, tuvo lugar sesenta horas después de que el mismo Maximiliano había dicho á su médico el Doctor Basch que se alistara para partir dentro de dos semanas.

¿Qué acontecimiento violentó la partida del Emperador? ¿Llegó á conocimiento de Lares el paso dado por Maximiliano, enviando á Burnouf cerca del General Díaz, para ofrecerle la situación y sus hombres? No hay ni indicios de que esto haya sucedido. En cambio, la conducta del General Miramón, más que sospechosa, debió inspirar muy serios temores á Maximiliano y á su ministerio. Miramón había atropellado completamente la so-

(1) Basch, pág. 129.

beranía del Emperador para establecer la suya.

Maximiliano á nadie había nombrado general en jefe del ejército ó de los ejércitos imperiales. Por su decreto promulgado en Diciembre de 1866, el territorio mexicano quedó dividido en tres zonas de pacificación, confiadas á tres jefes de igual graduación é independientes unos de otros.

La primera zona de pacificación comprendía los departamentos de Baja California, Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Nazas, Durango, Nayarit, Jalisco y Colima, y fué confiada al General Miramón, poniendo á sus órdenes las fuerzas del General Ignacio Gutiérrez, que ocupaba León, las que estuvieren en la zona indicada y 400 hombres de la guarnición de la ciudad de México.

La segunda zona comprendía los departamentos de Guanajuato, Querétaro, Michoacán, Toluca, Tula, Valle de México, Tulancingo, Tlaxpam, Tlaxcala, Puebla, Guerrero, Veracruz, Oaxaca y Tehuantepec. Esta zona fué confiada al General Márquez, jefe del segundo cuerpo de ejército, compuesto de la brigada del General Ramón Méndez, que operaba en Michoacán, y de los 1,000 hombres que formaban la guarnición de Puebla.

La tercera zona comprendía los departamentos de Coahuila, Nuevo León, Matamoros, Tamaulipas, San Luis Potosí, Matehuala, Aguascalientes, y Zacatecas. El mando de esta zona fué confiado

al General Mejía, quien desde luego podía disponer de 3,000 hombres (1).

Miramón comenzó por nombrar, sin facultades, al General Don Severo del Castillo, para que se hiciese cargo de las fuerzas del General Mejía, por hallarse éste algo enfermo. Al General Miramón, no siendo más que un jefe igual al general Mejía, no le tocaba observar la conducta de éste, ni tomar medidas para la campaña en la zona de Mejía, ni nombrarle sustituto.

Después de esta usurpación de facultades, Miramón dió órdenes á Don Severo del Castillo, como si fuera su superior, y marchó sobre Zacatecas y San Luis Potosí, dos puntos que no estaban comprendidos en su zona. Es decir, Miramón, por sí y ante sí, decidió hacer la campaña en una zona que no le correspondía y tomando para sí fuerzas que pertenecían al mando de otro general, á quien semejante conducta debía lastimar.

Miramón con las fuerzas de su verdadero mando fué más que derrotado en San Jacinto, pues de su división se salvaron únicamente él y algunos oficiales. Inculpó á Castillo por el desastre y éste á su vez dijo que era imposible hacer campañas como quería Miramón, sin dinero absolutamente para que sus soldados comieran.

(1) Basch, pág. 103.

Miramón debió haber sentido ser culpable del golpe terrible que sufrió el Imperio en San Jacinto, pues si Castillo descuidó la combinación estratégica, él faltó á todos los preceptos de la táctica, pues sus fuerzas se desbandaron sin combatir. En un ejército *de veras*, Miramón hubiera pasado de San Jacinto á un tribunal de guerra.

Si el jefe liberal Herrera y Cairo hubieran seguido las instrucciones acertadas y terminantes del General Escobedo y no ataca con 3,000 caballos, en la Quemada, á Don Severo del Castillo, en buena posición y con 2,500 hombres de las tres armas, Escobedo hubiera acabado ese día con el Imperio. El primer plan de Miramón fué tan desgraciado que estuvo á punto de dar por resultado la destrucción de los dos cuerpos de ejército principales del Imperio casi al mismo tiempo.

Miramón no se mortificó por lo que Maximiliano llamaba *su aturdimiento*; por el contrario, después de haber arruinado al General Mejía, después de haber conducido al desastre sus tropas y de haber puesto en inminente peligro á las de Castillo, discurrió disponer también de las de Márquez, sin consentimiento de este jefe. Se ha visto que el General Don Ramón Méndez con su brigada y por decreto imperial, fué colocado bajo el mando del General Márquez, quien escribe: « Méndez se le reunió (á Miramón) sin esperar la orden mía como su

jefe, porque Miramón se la dió arbitrariamente, y Méndez cometió la falta de obedecerle (1) ». Miramón, además, pidió dos brigadas á México y dinero para salvar al Imperio (2). En suma, Miramón se creía en 1858, y había identificado á Maximiliano con Don Félix Zuloaga; estaba resuelto á obrar por su cuenta y era cuerdo esperar que aun antes de triunfar Miramón, el destino de Maximiliano sería el muy ridículo y degradante que siguió Don Félix Zuloaga.

Un escritor ultra-clerical que acompañó al General Miramón á su campaña del interior, en calidad de amigo, que estuvo con él en Querétaro hasta el día del fusilamiento del expresado General, que se sentaba todos los días á la mesa del Ministro García Aguirre, que era distinguido por Maximiliano y considerado como su cronista, nos dice : « Al llegar á Querétaro, el General Miramón fué instado vivamente por algunas personas para que desconociera al Emperador y puesto á la cabeza del ejército y del partido conservador, se declarara el jefe supremo de la nación. Puede ser que algunas personas desconfiaron de la sinceridad del Emperador en su cambio de política, en vista de lo que pasó en todo el gobierno del Imperio, y de buena

(1) Márquez, *Refutación al libelo escrito por D. Manuel Ramírez de Arellano*, pág. 28.

(2) Ramírez de Arellano, *Últimas horas del Imperio*.

fe aconsejaban eso á Miramón; otros tal vez secundaban las miras de los liberales, para introducir así la división en las personas que trataban de contener el derrumbamiento del trono; pero cualquiera que fuese el punto de partida de aquellas sugerencias, el hecho es que el General Miramón las desechó con una lealtad honrosa..... Pero el Comisario del ejército, Don Domingo Pazos, temiendo que el joven caudillo al fin se dejara seducir por la expectativa de la primera magistratura, partió á México y dió aviso de lo que pasaba en Querétaro á Maximiliano, quien aunque no diera crédito á una defección de Miramón, determinó luego su marcha á Querétaro para observar de cerca los acontecimientos y con su persona poner un obstáculo á cualquiera tentativa en contra del Imperio. Varias personas respetables del gobierno, luego que supieron la determinación del Emperador, lo vieron para hacerlo desistir de ella, pero S. M., sin hacer público el temor de que se le había dado parte, mandó al General Márquez que prepara la marcha de las fuerzas que le designó (1). »

Miramón por su conducta, notablemente sospechosa como se ha visto, justificaba la acusación que se le hacía ante el Emperador y éste, aunque dijera que no daba crédito á una defección de Miramón,

(1) Licenciado Ignacio Álvarez, *Historia de México*, tomo VI, págs. 397 y 398.

se lo dió, como debía haberlo dado, pues tanto los antecedentes de los mexicanos, como los de Miramón relativos al golpe que le dió á Zuloaga, como los actos de insubordinación y de atropello de facultades que he expuesto, hacían aparecer evidente su decisión de dar un *cuartelazo* contra el Archiduque.

El caso ofrecía tres soluciones : llamar á Miramón á que se presentara á México á rendir cuenta de sus actos, solución muy peligrosa; dejarlo obrar y que nulificara á todos declarándose emperador ó presidente, ó que Maximiliano lo destituyera del *mando en jefe*, que había arrebatado, presentarse en Querétaro y declarando que como Emperador se ponía al frente del ejército.

Los hechos expuestos explican satisfactoriamente la violencia con que Maximiliano, acompañado de Márquez, partió para Querétaro, con el objeto de tomar el mando del ejército imperial, antes de que llegara Méndez y de que Miramón procediera á tentar nuevas aventuras con los 7,500 hombres que había reunido.

El rapto del Presidente Zuloaga por el General Miramón no podía calmar la desconfianza que atormentaba á todo gobierno personal. Maximiliano, cinco días antes de la partida de los franceses decía : (1) « Es preciso vigilar á Miramón », y el 1º de

(1) D'Héricault, *Maximilien et le Mexique*, pág. 114.

Febrero de 1867, antes de saber el Archiduque el desastre de San Jacinto, comunicaba á un francés : « Pero Miramón no es mi hombre, debo á Márquez estar aquí (1). »

*
**

Los 9,000 hombres que se reunieron en Querétaro al mando de Maximiliano el 22 de Febrero de 1867, tuvieron tiempo y modo de destrozar á los ejércitos unidos de Occidente y Centro que al mando de los Generales Corona y Régules formaban 7,000 hombres, de los cuales á lo más 4,000 representaban tropas sólidas, como lo prueba la jornada del 27 de Abril, en que el Cimatario fué rápidamente tomado por 2,500 hombres y puestas en vergonzosa fuga fuerzas muy superiores de los Generales Corona y Régules. Débese á las fuerzas del Norte que el pánico no hubiera continuado y que el triunfo de Miramón no hubiera sido completo.

No hubiera triunfado definitivamente el Imperio, si el ejército de Maximiliano hubiera aniquilado las fuerzas de Corona y Régules; pero semejante victoria bien podía dar los resultados de la memorable batalla de Salamanca en 1858, y hacer durar la lucha dos, tres ó más años. Todos los escritores

(1) D'Héricault, *Maximilien et le Mexique*, pág. 117.

que se han ocupado de los últimos días del Imperio, designan al General Márquez como el culpable de la inmensa falta de no haber tomado la ofensiva el 22 de Febrero de 1867, cuando más de sesenta leguas separaban á Corona y Escobedo.

He buscado empeñosamente la prueba de la culpabilidad de Márquez y no la he encontrado, ni grande ni pequeña. El origen de esta afirmación se encuentra en el informe de los Generales Miramón, Mejía, Castillo, Méndez y Arellano, presentado al Emperador el 14 de Mayo de 1867. Firmas tan respetables dan aparentemente seguridad á la afirmación de que Márquez fué culpable de una falta que hundió al Imperio en setenta días con todo y la vida de sus principales corifeos.

Pero investigando de dónde tomaron la noticia de la culpabilidad de Márquez los Generales citados, se encuentra que fué de las palabras de Maximiliano, pues Ramírez de Arellano en su libelo afirma : « Por orden del Emperador é invitado por los Generales que habían de firmar la relación, nos encargamos de redactarla. Discutiendo su forma en proyecto, la frase anotada y la que dice : « la tenaz oposición del General Márquez á todo proyecto de atacar al enemigo » fueron dictadas por el Emperador y escritas por nosotros (1) ».

(1) Ramírez Arellano, *Últimas horas del Imperio*, nota de la pág. 148.

La frase anotada á que se refiere Arellano es : « los malos consejos dados por el jefe de Estado Mayor desde que V. M. llegó á esta ciudad. »

Supongamos que Márquez en realidad hubiera dado el mal consejo de que el ejército imperial no saliese al campo y tomase la iniciativa; al dar orden Maximiliano de que por ello se inculcase á Márquez, obró como un vil militar. Ni ante la Ordenanza, ni ante la historia, ni ante la opinión, ni ante sus generales, podía Maximiliano, jefe del ejército de Querétaro, desprenderse de la responsabilidad de una falta enorme, inculcando á uno de sus subordinados de mal consejero. Un jefe de plaza ó de ejército no está obligado á seguir consejos, ni observaciones, ni súplicas, ni insinuaciones, ni órdenes de sus inferiores. La disculpa vil de Maximiliano no amengua su responsabilidad en lo más mínimo y por consiguiente, dando el Archiduque órdenes á sus inferiores para que denigrasen á su Jefe de Estado Mayor, no hacía más que autorizar á esos inferiores para que condenaran su conducta como militar y como soberano. Un jefe digno jamás se disculpa alegando que fué mal aconsejado, y aun cuando realmente lo haya sido, asume íntegra la responsabilidad tal como se lo exigen la Ordenanza, su honor, y el prestigio de su posición.

Pero no es exacto que Márquez haya dado á Maximiliano el consejo de no tomar la ofensiva